

Y ardiendo con la fuerza del veneno,  
No para en verde prado ó en valle ameno.

Así mi alma enferma te desea,  
Eterno Dios, y de tu amor sedienta,  
Ardiendo en fuego puro,  
Por tí su fuerte muro  
Suspira, porque tu favor le sea  
Refresco, con el cual su sed no sienta;  
¿Cuándo me verá yo ante Dios presente,  
Bebiendo de la eterna y clara fuente?

Cuándo me verá yo en esas moradas,  
Que para tí fundó tu diestra mano  
De piedras del Oriente,  
A dó el resplandeciente  
Diamante y esmeralda, y las labradas  
Columnas que el alcázar soberano  
Sustentan de tu gloria y rico asiento  
Exceden todo humano entendimiento?

Que, como de tu gloria estoy ausente,  
Y no hay bien que consuele al alma mía,  
Baña de noche el lecho  
Con lágrimas que el pecho  
Envía, y de suspiros juntamente  
Se amasa el pan que como noche y día,  
Porque mofando dice mi enemigo:  
«¿Adónde está tu Dios, tu bien, tu abrigo?

¿Dó está el que te formó? Dó aquel que adoras,  
Que no te favorece ni te esfuerza?  
Quizá que se ha dormido,  
O que en eterno olvido  
Te tiene, oh alma, puesta.» En estas horas  
Es de tanto momento en mí esta fuerza,  
Que el alma me desmaya, y en el pecho  
Ni vive ni me es ya de algun provecho.

Pues tiempo me vendrá de que yo vaya  
Al admirable templo y casa tuya,  
¿Oh Dios! y mi alegría  
Será tal aquel día  
Como la de las fiestas, do se traía  
La costosa comida, y en la ara suya,  
Sacrificando á Dios rojos novillos,  
Le dan gloria los ánimos sencillos.

Alma, deci, ¿por qué tan derrocada  
Os tiene este dolor, y á mi con ello  
Me turbais de tal suerte,  
Que estoy casi á la muerte?  
Esperad, alma, en Dios, que, aunque cansada,  
Os libraré; ni aun un solo cabello  
No perderéis, y entonces, bueno y sano,  
Cantaré mi salud, que es de su mano.

Cuando pienso á solas en mis males,  
El alma, de cansada, se derrama;  
Mas vuélveme allí luego  
A tí, do está el sosiego,  
Y ofrécenseme luego las señales  
Que en el Jordan hiciste, cuya fama  
Dura en siglos eternos, do mostraste  
A tu pueblo lo mucho que lo amaste.

En el monte de Hermon, el pequeño, el  
Hiciste grandes cosas en defensa  
De los padres antiguos,  
Y ellos fueron testigos  
Que con sangre enemiga el duro suelo  
Les regaste en venganza de la ofensa

Que á tu pueblo hicieron. Yo, con esto,  
Espero en tí que me has de librar presto.

Del patrio suelo ajeno y desterrado,  
Por la ribera del Jordan voy solo,  
Y los bosques y cumbre  
De Hermon miró la lumbre  
Del sol, y con las fieras encerrado  
Estoy, hasta que esconde el rojo Apolo  
A los mortales su cabello de oro,  
Yo desterrado el día y noche lloro.

En tanto ¡oh venturoso! el pueblo sube  
Al alto monte Moria, do tú moras,  
Y allí te sacrifica,  
Y en tí se glorifica,  
Y de oloroso incienso una gran nube  
Se esparce y sube á tí todas las horas;  
Yo en un monte pequeño, en mi destierro,  
Huyo del enemigo el crudo hieiro.

¡Ay de mí, que un abismo á un otro abismo  
Llama, y una tristeza á otra tristeza!  
No hay tregua en mi tormento,  
Ni en mis males hay cuento;  
Y la voz de tus aguas en mí mismo  
Las descargas, Señor, con tal crueza,  
Que pasa sobre mí tan gran tormenta,  
Que se me ahoga el alma en esta afrenta.

Como allá, en el estío caluroso,  
Sube de oscuro valle negra nube,  
Y enturbia el sol sereno,  
Y con horrendo trueno  
El Olimpo se rasga, y el furioso  
Rayo baja á la tierra, el humo sube,  
Y con granizo y agua, mas que nieve,  
Espanta los mortales lo que llueve;

Cuando para mostrar tu ardiente saña  
Arrojas estos rayos desde el cielo,  
Las mieses nos derruecas,  
Las verdes vides truecas,  
Que la furia del agua nos las daña,  
Y las arranca de su propio suelo;  
Así la tempestad, Dios, me derriba,  
Que sobre mí descargas desde arriba.

Mas ¿qué cosa mas dulce ó regalada  
Que el Señor, que á la luz del claro día  
Envía á los mortales  
Alivio de su males,  
Y su misericordia es alabada!  
Cantarle ha día y noche el alma mía,  
Y en mí hallará siempre su alabanza  
Mi Dios, vida, salud y mi esperanza.

Diréle á Dios: «¿No sois mi amparo cierto?  
Pues ¿por qué, Señor mio, me olvidaste?  
¿No me veis andar triste,  
Que mi enemigo embiste  
Su saña contra mí; yo casi muerto,  
Molidos ya los huesos me dejastes,  
Y mofando con burlas lastimeras,  
Dicen: ¿Dó está tu Dios, en quien esperas?

»Si es tu Dios, según dices, ¿cómo tarda  
En librarte? ¿Por qué te deja tanto?  
¿Ya no te ve afligido?  
Quizá que se ha dormido;  
Y si acaso lo mira, ¿á cuándo aguarda?»  
¡Oh alma mía! No os aflija el llanto.

¿Por qué os entristeceis, y á mi con veros  
Me turbais, pues no puedo valerlos?

Esperad, alma, en Dios, pues que yo espero  
Que tengo de alaballe en mar bonanza;  
Diréle: «Salud mia,  
Mi Dios y mi alegría,  
Mi rey y mi refugio verdadero,  
Solo descanso mio y mi esperanza,  
Vuelve esos claros ojos á mirarme;  
Plégate, buen Señor, de remediarme.»

## §. XXXI.

He querido poner aquí este salmo entero; porque, puesto que solo el principio hace mas á nuestro propósito, no va lo demás tan fuera dél, que no se pueda aplicar á una alma afligida y que, ausente de su Dios, desea volverse á él; y tambien porque, como ya he dicho en el prólogo, están los gustos tan estragados con los muchos vicios, que para que puedan comer algo que les sea de provecho, es menester dárseles guisado con mil salsillas, y aun plega á Dios que desta suerte lo detengan y no lo vomiten como comida indigesta. Y no sé si me engaño, pero pienso que con los versos se desempalagarán, para tragar mejor la prosa. Volviendo pues á nuestro propósito, salió la Madalena de su casa para ir á la de Simon. Llevaba consigo un vaso de licor preciosísimo para ungir los piés del Redentor; debía de ser del que ella tenia para bañarse el cabello y la cabeza. Parecíale á esta santa penitente que á las narices de Dios le olian muy mal los pecados, y que yendo allá con tantos, la aborrecería y desecharía como á cosa abominable. Veis aquí cristianos una maravillosa muestra del amor de nuestro Dios para con los pecadores. ¡Qué mayor amor queréis, hombres! que muchas veces el hermano, la hermana, el padre y la madre, que aman mucho á su hijo, por verlo tan malo y tan fuera de su voluntad, lo aborrecen, á lo menos se les pierde el amor que le tenían; y muchas veces vos á vos mismo no os podeis sufrir y os pareceis y oleis mal, y de ver vuestras maldades habeis vergüenza de vos. Y dice el Padre eterno á su Hijo: «Amad y mirad á los hombres.—Oh Padre, que huelen peor que perros muertos.—Aunque eso sea, amémoslos.» Así es por cierto, que peor huele el pecador á las narices de Dios, que á vos mil perros llenos de gusanos. Pues ¿cómo nos puede sufrir? El amor lo hace. Está uno veinte y treinta años en pecado mortal, y hay tanto amor en Dios, que no le hace esta hediondez tapar las narices, y porque este es un gran consuelo para los que somos pecadores, probémoslo con algun ejemplo que nos anime á esperar en su misericordia, y que nos sea reclamo para irnos á nuestro buen Dios. Todos los santos concuerdan en que Lázaro en su enfermedad fué figura del pecador que comienza á caer y enfermar por el pecado, y que poco á poco en ausencia de Dios viene á morir en el alma por el consentimiento; y no para ahí, sino que por su sepultura, cerrada con la piedra pesada, y por los cuatro dias que tenia de sepultado, se entiende la obstinacion en el vicio. Y no es de maravillar cómo

Lázaro, siendo santo, le hacen los doctores figura del pecador; porque las enfermedades del cuerpo tienen gran símbolo y proporcion con las del alma, y la muerte corporal nos representa al vivo la espiritual. Así como lo ordinario es enfermar un hombre antes que venga á morir, puesto que alguna vez acaezca que muere de solo un golpe y de súbito; pero comunmente tiene primero sus accidentes, que son mensajeros de su enfermedad; porque no de un golpe se cae la casa, sino poco á poco; vase desmoronando la pared, cómese el cimiento, despéganse las vigas, caen algunos yesones, y va dando señal y avisando, hasta que viene á caerse del todo. Así, cuando uno quiere estar malo, que camina para estar muy enfermo, veréisle con unos mensajeros de enfermedad, un cortamiento de piernas, dolor en los brazos, perdida la gana del comer, el color quebrado. Tópase con el médico: «Señor, ¿qué será esto, que los dias pasados comia de tan buena gana que todo me sabia bien, en todo hallaba gusto, un tasajo que me dieran me parecia faisán, la cebolla, la miga y un pedazo de pan seco me sabia como azúcar; andaba gordo, colorado, contento; agora, Señor, no hay comer; en ponerme el plato delante se me alborota el estómago, la perdiz me parece estopa en la boca. Y mas, Señor, que solia correr y caminar á pié y cazar tres dias sin causarme, y subia una cuesta como si paseara por mi sala, jugaba á la pelota seis horas sin pesadumbre; agora no tengo fuerzas para nada, á dos pasos he menester sentarme, con tantico ejercicio no valgo un maravedí; parece que me han dejarretado, cada pié me pesa un quintal; si me asiento, no me querria levantar; los brazos se me caen, que no puedo hacer nada con ellos. Dígame, señor doctor, ¿qué puede ser esto?—A la fe, hermano, que queréis estar muy enfermo.» A este mismo tono van los males del alma: entran poco á poco, comienza á admitir unas ocasioncillas, que aun de suyo no son pecados, pero son resquicios por donde barrera el pecado; un ratillo de conversacion, un mirar, un descuidillo en la palabrilla algo suelta. ¡Oh! dice el otro, que un rato de parla con tal persona de quien gusto, no es pecado; y aunque siento un no sé qué cuando le hablo, yo tendré fuerte, yo estaré sobre aviso, no me descuidaré. Oh hermana, cierra las puertas del alma, no te fies en eso, mira que muchos se han hallado burlados. *Intravit mors per fenestras nostras*, dice el profeta Jeremías; La muerte entró por nuestras ventanas. Hablaba el santo Profeta ó el Señor de los profetas por Jeremías, y cuenta en todo el capítulo muchos males y pecados que cometia su pueblo; comienza á amenazarlos y espantarlos, diciendo que ha de hacer un castigo famoso y sonado en todo el mundo. Llama (dice Jeremías) á las lamentadoras y lloraderas. Esto dice conforme á la costumbre antigua de aquel pueblo, que había mujeres que vivian dello y tenían por oficio llorar y alquilarse para lamentar los casos tristes y las muertes de los otros, y habia cantores que con instrumentos roncros hacian un triste son; y estos y ellas iban cantando endechas detrás del ataúd donde



iba el muerto; y para que estos cantasen cosas con que moviesen á los oyentes á lágrimas, componian canciones y sonetos tristes; así lo dice en el segundo de los Reyes, en el capítulo 1.º, que habiendo muerto Saul y Jonatás en los montes de Gelboé, súpolo David y llorólos, y hizo romances de *La guerra de Gelboé*, como acá decimos *la de Granada*, y mandó que enseñasen aquellas *endechas* á los hijos de Israel, y llámalas *llanto*; y en el segundo del *Paralipomenon*, capítulo 35, contando la desastrada muerte del glorioso rey Josías, dice que le lloró todo el reino, principalmente Jeremías, cuyos romances y canciones cantaban las lamentadoras y cantores perpetuamente, y que habia quedado en Israel como ley inviolable el cantarlas. Esta misma costumbre duraba en tiempo de nuestro Redentor, el cual, yendo á resucitar á la hija del Príncipe, dice san Mateo que halló los menestres y llora-dueños que daban gritos, y mandólos echar de allí. A estas, dice Jeremías, que llamen para lamentar el mal que les ha de venir á los de su pueblo. «Enviad, dice, á las lamentadoras, vengan presto, déense prisa, y lamenten sobre nosotros.»

Ayudémosles tambien y desháganse en lágrimas nuestros ojos, salgan fuentes de aguas dellos; porque yo he oido una voz lamentable de allá de Sion, y decía: «¡Ay, cómo nos han desolado y hundido por el suelo! ¡cómo quedan yermas nuestras casas! Oid pues, mujeres, la palabra de Dios y enseñad á llorar vuestras hijas, y llamad á lamentar á vuestras vecinas, porque ha escalado y entrado la muerte por vuestras ventanas y hase apoderado de vuestras casas.» Hasta aquí son palabras del santo Jeremías, aunque la letra desto es, que usa de la metáfora que vemos en la guerra, porque hablaba della; y es, que los soldados cuando dan el asalto á una fuerza y arremeten á los muros y arriman las lanzas, y otros arrojan escalas y trepan por ellas hasta entrar por las ventanas y ponerse sobre las almenas, y en entrando degüellan cuantos hallan dentro, cierto está que los soldados entraron por las ventanas; pero porque mataron á los de la fortaleza, se dice que fué la muerte la que escaló y entró; que aun acá solemos usar de ese término que llamamos á lo que nos hace mal, del nombre del efecto que hace; y así, decimos: «No comais eso, que es la muerte; tomá esta purga, que es vida.» Pero llevándolo al sentido espiritual, que es el que principalmente pretende el Espíritu Santo, manda que busquemos quien nos ayude á llorar un caso tan desastrado, como es que haya entrado la muerte, esto es, el pecado, que con mucha propiedad se dice muerte, pues nos mata de muerte eterna, y que haya pasado á cuchillo cuanto halló dentro de nuestro corazon, porque dejarreta el pecado todos los buenos deseos del alma, y mata todos los hijos de nuestras buenas obras, como lo hacia Faraon, que mandaba matar todos los hijos varones del pueblo de Dios, esto es, las obras varoniles y perfetas, y hacia guardar las hijas, que son las afeminadas y viciosas. Pues esto hace el pecado cuando entra en la casa del alma, que ahoga nuestros buenos propósitos porque no crezcan y

salgan á luz, córtalos en agraz, en yerba, para que ni maduren ni granen ni lleguen á sazón. En figura desto, cuenta la divina Escritura que cuando los hijos de Israel, por sus pecados, estaban sujetos á los de Madian, que eran como alárabes, que los miserables israelitas sembraban sus panes, y cuando ya estaban en yerba, subian los de Madian y los de Amalech y las otras naciones bárbaras, y con sus camellos y ganado se lo pacian todo y lo destruian y atalaban en yerba; esta es la risa que hace el pecado, que se nos paze en yerba cuanto bueno nace en nosotros. Y si preguntais á Jeremías por dónde nos viene tanto daño, por dónde entra nuestra muerte, dirá que por las ventanas. Las ventanas del alma son los sentidos; porque, así como para dar luz á la pieza de vuestra casa y para que vos os veais, es menester abrirse ventanas; así, habiendo Dios criado al alma en la casa de barro del cuerpo, por quien dijo san Pablo que traemos un tesoro en vasos de barro, que lo ponderó galanamente, para mostrarnos el cuidado que habemos de tener de nuestras almas, pues andan tan peligrosas como tesoro en barro, que con un papirote se quiebra; y es lo mismo que quiso decir David en un salmo: *Anima mea in manibus meis semper: et legem tuam non sum oblitus*; Traigo, Señor, siempre el alma en las manos (esto es, en gran peligro), y para no perdella, el mejor medio es no olvidarme de tu ley y de tus mandamientos; por esto, como quien no se fia de sus manos, se la encomendaba en las de Dios: «En vuestras manos, Señor, encomiendo esta mi alma;» guardadla vos, Señor, pues la comprastes; que parece que le acuerda la razon que tiene de guardalla como cosa suya, y que no es razon que deje perder lo que tan caro le costó. Y queriala David ver en las manos de Dios porque le tenia por gran guardador de almas, como se lo dijo el santo Job: *Et non est qui de manu tua possit eruere*; No hay quien baste á quitaros de las manos lo que una vez asis con ellas. Y á esto aludió Cristo nuestro redentor cuando, hablando de sus ovejas, dijo: *Non rapiet eas quisquam de manu mea*; Nadie me las arrebatará de la mano. Así que, crió Dios el alma metida en el cuerpo de lodo y no sabiendo nada; porque es falsa la opinion de Platon, que dijo que Dios habia criado las almas todas de una vez, y que las tiene allá en las estrellas, de suerte que ya allí saben cuanto han de saber, y cuando es engendrado un cuerpo acá bajo envia Dios un alma y la condena á cárcel hasta que, purgada con esta prision del cuerpo, está apta y se hace digna de entrar en el cielo; y que, como la empana Dios en barro, se le olvida lo que allá sabia, por estar absorta y como embelesada; pero después, con las cosas que ve y oye y le entran por los sentidos, viene á caer en la cuenta y acordarse que aquello es lo que ya se sabia antes de venir al cuerpo; y por esto decía Platon que *Nostrum scire est quoddam reminisci*; Nuestro saber y lo que acá nos parece que aprendemos, no es mas que un acordarnos de lo que ya sabiamos y se nos habia olvidado. Esta opinion deshace Aristóteles, y mucho mejor nuestra fe, que nos enseña que, estando el corpezuelo formado y organizado de suerte que sea

capaz para recibir ánima racional, allí dentro del mismo la crió Dios, y en ese punto comienza á informarle y vivificarle, y se llama «hijo de Adán». Por eso dijo bien Aristóteles, que cuando el alma comienza á animar un cuerpo es como una tabla rasa, sin pintura alguna; y nosotros después la vamos pintando con las especies de cosas que vemos y nos entran por los sentidos; y por esta razon, como quien está en casa tan oscura y á ciegas, fué menester que le abriese Dios ventanas por donde entrase la luz al alma y ella viese. Estos son los sentidos, que son como cinco puertas ó cinco ventanas, y son las aduanas por donde y en donde se registra todo cuanto entra al alma. Dióle Dios estas, y no mas ni menos, porque en estas cinco diferencias se encierra todo lo que el mundo tiene que nos sea provechoso para seguillo ó dañoso para desecharlo. Porque, si es cosa que tiene color, entra por los ojos; si sonido, entra por el oido; si sabor, por el gusto; si olor, por las narices; y porque todo el cuerpo nuestro puede tener peligro, y en todo él nos puede venir daño, repartió el tacto para todas las partes del cuerpo, para que si en la planta tuviere la picadura, allí le duela, y acuda la mano y el ojo y la lengua á ponelle remedio. De lo dicho se entenderá qué es la razon que, por mucho que un alma quiera adelgazar el pensamiento y imaginar á Dios y su gloria, y lo que tiene allá de sus puertas adentro, no puede pensar sino un dios con cuerpo, con rostro, con piés y cabeza, y que hay oro, piedras preciosas, plata, ciudades, rios, fuentes, jardines y cosas deste talle, que ni las hay allá ni aun valieran mucho para allá. La razon es porque, como no sabe el alma mas de lo que pasa por los sentidos, que es lo que dijo Aristóteles, «que el que algo quiere entender ha menester especular, y volverse á ver las especies ó semejanzas de las cosas que tiene en la memoria;» y otra vez dijo que «ninguna cosa puede llegar al entendimiento, que primero no haya estado y hecho pausa en el sentido». Pues como los sentidos son corporales, todo cuanto por ellos entrare ha de serlo, so pena que, como mercadería vedada, no la dejarán pasar; y como quiere pensar en el cielo, finge solamente las cosas que tiene noticia, que son las que ha visto acá en la tierra; pero nada de esto hay allá; ca, á haberlo, no dijera Isaías, ni lo alegara el Apostol, que «no vieron otros ojos sino los de Dios lo que tiene guardado para sus siervos». Y cierto es que á ser oro, visto le habemos, y á ser perlas y lo demás que tiene el mundo. Hora pues, «las ventanas por donde entra nuestra muerte, dice Jeremías que son los sentidos». Ventanas son los ojos, por donde el pecado es escala el corazon, mirando la mujer ajena para desealarla. Y ellos fueron por donde entró la muerte á David, cuando vió bañar á Bersabé, y pecó; y así, como hombre bien escarmentado, rogaba despues á Dios: *Averte oculos meos, ne videant vanitatem*; Señor, tapáme estos ojos, vendámelos, cerrámelos á piedra y lodo, no vean la vanidad; esto es, no se me vayan tras las cosas vanas desta vida, y lleven tras sí mi deseo y me despeñen en pecados, como

ya lo hicieron otra vez. Y su hijo Salomon daba por consejo: Aparta los ojos de la mujer compuesta y afeitada, porque muchos cayeron y perecieron por su hermosura. Consejo dado, y no tomado, pues por no apartarlos él, nos puso en opinion su salvacion. Mejor lo hizo Job, que decía: *Pepigi fedus cum oculis meis ut ne cogitarem quidem de virgine*; Heme concertado con mis ojos, para que ni aun por pensamiento no les pasase de pensar en alguna mujer. Ventana es el oido, por donde entra la muerte envuelta en la murmuracion del prójimo, y en el cuento deshonesto y torpe; y tambien lo es la lengua y los demás sentidos, y estos son menester guardar. Y como comenzamos á decir arriba, cuando hablamos de la proporcion que hay de las enfermedades del cuerpo á las del alma, no basta guardarlos de las cosas que de suyo se está claro que son pecados, mas aun de lo que nos puede traer á sombra de pecado. El alcaide prudente y cauto, no solo guarda la fortaleza de los que son enemigos descubiertos, mas aun de los que se sospecha que pueden traer el billete ó la carta para los de dentro. Así que, de una conversacioncilla, de un poco de familiaridad, que á vos os parece que importa poco, suele nacer un daño que mata un alma. El ave presa en la liga, cuanto mas se revuelve, mas se prende, hasta que llega el cazador y la mata. Ni piense nadie que, aunque los pecados veniales son fáciles de perdonar, que por eso no son malos; que no le hay tan pequeño, que no da pena á un alma de buena conciencia. Pequeña es una mosca, y si sois limpio, os pone asco toda una comida; y muy mas pequeña es una pulga, y os da una mala noche. Esto era lo que comenzamos á decir atrás, antes desta larga digresion; y así, volviendo á ello, digo que lo primero que tiene el enfermo es, que pierde el gusto, un hastío que no hay comer ni verlo, una desgana que no la entiende. Así, cuando un alma quiere estar muy mala: Padre, ¿qué será esto, que no hallo sabor en lo que como? Otro tiempo me eran tan dulces las cosas de Dios, hallaba tanto gusto en ellas, que cuando oia hablar una palabra de Dios, luego tenia los ojos llenos de lágrimas, el corazon tan tierno, confesaba á tercero dia, comulgaba cada fiesta, con tantos suspiros, tantas lágrimas, tanta ternera, tanto amor; agora, Padre, no tengo favor en cosa; tanta sequedad, que me espanta; el confesar de año á año, oír misa por fuerza, y esa la mas breve; hablarme de Dios es algarabía para mí, el sermón me cansa; ¿qué será esto?—A la fe, hermano, que vais estando malo, que quereis dar en una gran dolencia: *Omnem escam abominata est anima eorum, et appropinquaverunt usque ad portas mortis*, dice el real profeta David; Porque vinieron á tener hastío de todos los manjares y perdieron la gana del comer, por eso llegaron al hilo de la muerte. Otra señal es, cuando se apocan las fuerzas. Si sentis descaecimiento, si se os caen los brazos para obrar, si sentis mucho la afrenta, la palabrilla que el otro os dijo; si sentis el corazon no tan casto, si se os bambalean las piernas para caer, mensajeros son esos de muerte. Tras esto viene el descui-



do, y muere Lázaro, muere el pecador, que es cuando comete el pecado, entiérranle por la vieja costumbre. Hé aquí por qué Lázaro, con ser santo y amigo del Señor y hermano de sus grandes amigas María y Marta, tiene figura del pecador obstinado. Hora pues, lo que al principio quisimos probar con el ejemplo de Lázaro fué el grande amor que Dios tiene á los pecadores, y que á todos cansan, sino es á Dios. Muere Lázaro en ausencia del Señor, y no podía ser menos sino que entrase la muerte en la casa donde faltaba la vida. Dícele el Señor á sus discípulos: «Vamos otra vez á Judea.» Salen ellos, y dícenle: «Catad, Señor, que nos espantamos de vos; ¿ayer os quisieron apedrear y hoy os volvéis allá?» Con todo eso, se va. Llega al sepulcro, van con él las hermanas. Dice Cristo: «Quitad esa piedra.» Sale María: «Ay, Señor, que huele mal; no se quite.» ¡Oh gran Dios, y qué contradición hallais para resucitar un pecador! Todos parece que nos acusan, sino vos que nos excusais. ¿Qué dice Cristo? «Vamos á Judea.» ¿Qué dicen los apóstoles? «Catad, Señor, que os apedrearán.» ¿Qué responde Cristo? «Andad, que doce horas hay en el día; no todos los tiempos son unos, mil propósitos puede tener el hombre; y los que ayer me quisieron apedrear, hoy me pueden honrar.» ¿Qué dice Cristo? «Quitad esa piedra.» ¿Qué dice Marta? «Tate, Señor, que hiede.» ¿Qué responde Cristo? «Andad, Marta, que en eso quiero yo que veais el amor que yo tengo á los hombres, que con oleros á vos mal, que sois su hermana, no me huelen á mí mal, porque me huelen al bálsamo de mi sangre, que por ellos tengo de derramar.» ¡Oh santo Dios, y quién creyera tal, si tu misericordia no nos dejara tan vivos y ciertos ejemplos para nuestro consuelo! Que yo á mí mismo me desame, y tú no solo me sufras y me ames, mas aun me ruegues y me requieras y me busques, como si yo valiese algo y te hiciese mucho al caso para tu contento. Verdaderamente, Dios de mi alma, que cuando esto pienso, que me toma gran sospecha de que valgo mucho, pues tú me amas mucho; y así es ello, pues tengo conmigo tu imagen y tu sangre y tus méritos, y al fin toda tu riqueza, que tú me la diste y por mí naciste y para mí moriste; y tanto valgo, por ser tuyo, que aun dando por mí la vida y comprándome con la sangre del corazón, decías que te salía de balde y dado. «Padre santo, decías, oh buen Jesús, la noche de la Cena, guarda los que me diste, tuyos eran y tú me los diste.» Pues dime, ternísimo y regalado enamorado de los hombres, ¿no dice tu apóstol san Pedro: «Mirá, hermanos, que no os han comprado con oro ó con plata, ni costais diamantes ó esmeraldas, sino sangre de aquel cordero sin defeto, Jesucristo, Hijo de Dios?» Y el gran doctor de las gentes, san Pablo, ¿no dice: «Mirá que os han comprado con gran precio, por eso traed á Dios, que es el comprador, siempre en vuestro pecho?» Pues siendo esto así, ¿cómo le dices á tu Padre que te salen los hombres tan baratos, que los llamas dados? A la fe dulce, Jesús, es el amor que me tienes, que soy tu Raquel, y tú el gran enamorado Jacob. Ca-

torce años sirvió por su amado: *Et videbantur ei paucis dies pro amoris magnitudine*; Parecíanle pocos días, dice la Escritura; no dice pocos años, sino días, con ser catorce; y aun pocos días. No solo los años le hacia el extremo de amor parecer días, mas aun esos pocos. Mas ¿qué tiene que ver, Señor, Jacob contigo? Él hombre, tú Dios; él siervo, tú Señor; él sirvió catorce años, tú treinta y tres; él salió rico de casa de su suegro, tú crucificado de casa de la Sinagoga; él sudó agua sirviendo, tú sangre muriendo; y con todo eso, te parecía poco: *Pro amoris magnitudine*; Por el demasiado amor que me tienes. Pero volvamos á la Magdalena, que lleva un guisado, un manjar sabrosísimo al convidado Cristo, que le sabrá mejor que toda la comida del fariseo. Llévela entre dos platos un corazón abrasado en amor, y entra con el servicio á la mesa.

## §. XXXII.

*Et stans retro secus pedes ejus*; Llegó, y puesta en pié á las espaldas del Redentor, comenzó á regalle los piés con lágrimas de sus ojos. Es de saber que no pudiera hacer esto la Magdalena si los convidados y los que comían á la mesa estuvieran sentados en sillas, como lo hacen agora, porque así tienen los piés adelante y debajo de la mesa; y estando la Magdalena á las espaldas del Señor, no era posible que las lágrimas que deramaba cayesen sobre sus piés; pero comían recostados en aquel tiempo, como agora los moros; ponían la mesa baja, y sobre unos tapetes echaban almohadas, y recodados sobre el brazo izquierdo, comían con la mano derecha; de suerte que tenían los piés tendidos, y con esto pudo muy bien ser lo que dice nuestro Evangelio. Entra pues, y no se atreve á ponerse delante del rostro y ojos del Señor, sino á las espaldas. ¿Qué cosa es conocer bien un hombre la fealdad de sus pecados! Qué avergonzado y afrentado queda! El publicano del Evangelio no osaba levantar los ojos al cielo; antes, hiriéndose los pechos, decía en silencio allá apartado tras la pila del agua bendita: «Dios, perdonad á mí, gran pecador.» Mala señal cuando el pecador no se afrenta de su pecado. Parecía á David que la vergüenza haría á los que se volviesen y buscasen á Dios: *Imple facies eorum ignominia, et quaerent nomen tuum, Domine*; Señor, dadles vergüenza, afrentadlos en su cara, y veréis cómo os buscarán. No sé cómo lo diga ni qué me diga de la perdición de nuestros tiempos; que ha llegado ya nuestro daño á hacer honra de los pecados, que es la verdadera afrenta, y hacen afrenta de lo que es honra. El uno funda su honor en ser amancebado toda la vida; y porque engañó á la hija del hombre de bien, lo blasona como si hiciera un hecho romano. El otro dice que su honra está en vengar la injuria que le hicieron; y en hecho de verdad no lo es, sino que el demonio le hace entender que es agravio, para que jamás salgan de pecado. Decidles á estos que miren el Evangelio que profesaron; que miren que dice Dios que si no perdonan que no los perdonará; decidles que les va no menos que

el alma en ello; que miren que la verdadera honra es el servir á Dios y en ser buenos cristianos; decidles que Dios se lo ruega desde una cruz, donde está él mismo rogando por los que le quitan la vida; tomad aquella sangre que derrama, y así caliente como sale, dadles con ella en el rostro, y decidles: Esta sangre sea testigo de tu condenacion el día de tu muerte, pues ni por ella quisiste perdonar á tu hermano; que, aunque hagais todo esto, no hayais miedo que persuadais á uno destos honrados cristianos, y que por tales se tienen, á que perdonen una injuria; y si en ello les tratais, os dirán que les trateis primero de que son caballeros; después les acordaréis que son cristianos. ¡Oh monstruos infernales! ¿Quién os ha hecho tanto mal, que hayais llegado á hacer leyes contra las de Dios? ¿Quién os ha dado osadía para romper las divinas por guardar las humanas? Decid, burladores del cristianismo, tizones del infierno, vasos de ira y saña de Dios, ¿cómo es posible que hagais Evangelio y enseñeis doctrina y tengais libro contrario al de Jesucristo? Leed en el de Dios, y veréis que si no perdonais no hay cielo para vosotros; leed en el vuestro, que decís que si no vengais no hay honra para vosotros. Y ¿que hagais arancel desto y que públicamente lo trateis, y haya consulta si, conforme á vuestro evangelio, queda bien vengado vuestro agravio y bastantemente satisfecha vuestra honra? Y ¿que en la república donde se adora Cristo, donde se predica su doctrina, donde se confiesa su fe, ahí, en esa, haya foragidos contra Cristo, herejes contra su doctrina, pervertidores de su fe? Decíme, tizones del infierno, si diez de vuestros ciudadanos se concertasen y hiciesen leyes entre sí contra las de vuestra república, y las escribiesen y divulgasen, y en despecho de vuestra ciudad y de sus gobernadores las guardasen públicamente, y persuadiesen á los demás que negasen la obediencia á sus jueces y ministros de la justicia, ¿no se levantaría el pueblo todo, y de comun consentimiento los apedrearían? Los viejos cansados y que tienen helada la sangre cobrarían fuerzas nuevas, los mozos emplearían las suyas, los niños, las mujeres, y al fin, todo el pueblo se pondría en armas contra los tales, como contra comunes enemigos de la patria; derrocarían las casas, sembrarían selas de sal, como á traidores, borrarían sus nombres de todos los lugares y oficios públicos, y les negarían sepulturas en el suelo, que quisieron violar con su tiranía; y como á monstruos, parricidas y tiranos y proditores de su patria y suelo, les darían particulares y nuevos tormentos; porque de tantas muertes es merecedor el que á su república hace traicion, cuantos ciudadanos pone en riesgo de perder la vida. ¡Oh cielos, oh tierra, oh ángeles y hombres, y todo cuanto Dios tiene criado! Y ¿cómo lo diré? Y ¿qué orejas podrán oír con paciencia que, no diez ciudadanos, sino diez millones; no de las heces y escoria del pueblo, sino de los mas granados del mundo; no allá por los rincones, sino en la mitad de las plazas, se hayan conjurado y concertado, ó desconcertado, de hacer leyes, no contra las del Rey, sino contra las de Dios, y que las publiquen

y defiendan y persuadan al mundo, y tengan discípulos desta honrada seta estos traidores á Dios, al cielo, á las leyes, á los hombres y á las buenas costumbres, y que tras eso vivan? ¿Que no los apedreen, que no los hayan ya quemado, que paseen por las calles, que los sustenten la tierra, que los sufra la república, que no haya manos para quitarles vidas tan indignas, que aun vean la luz del sol, testigo fiel de sus maldades? Oh furias infernales, que soleis ser verdugos y ministros de la justicia de Dios, ¿quién os detiene agora que, desamparando esas tristes y oscuras moradas, no salis á vengar tan horrendas maldades? *Conjuratio, conjuratio inventa est in viris Juda, et in habitatoribus Jerusalem. Reversi sunt ad iniquitates patrum suorum priores, qui noluerunt audire verba mea*. En todo este capítulo va Dios hecho un leon contra su pueblo. Mándale á Jeremías que dé voces en la plaza y diga: «Maldito sea el varon que no guardare el concierto y ley que hice y dí á vuestros padres cuando los saqué de Egipto, y les prometí de ser su Dios y que ellos fuesen mi pueblo. Llamado los he siempre, á eso me levantaba por la mañana y madrugaba y les daba voces: ¡Oidme! ¡Y jamás me han querido escuchar, antes cada uno ha tirado tras la maldad de su corazón. Y díjome el Señor: Una conjuración se ha descubierto en los varones de Judá y en los vecinos de Jerusalem, y es que se han vuelto peores que sus padres y se han ido tras dioses ajenos. Pues por eso, dice Dios, yo les daré tanto mal, que no puedan salir dél ni se den á manos con él, y entonces me darán voces y llamarán, y no los oiré; y irán á los dioses que adoraron, y no los salvarán ni podrán. Y mira tú, Jeremías, que te aviso que no me ruegues por ellos ni me ofrezcas sacrificio de alabanza, aunque los veas degollar en esas plazas, y aunque te den voces en su angustia para que los socorras y ores por ellos; porque no te oiré, y haré del sordo.» Hasta aquí son palabras de Dios por Jeremías. Castigo bien merecido por cierto, y que parece que hablaba con los deste tiempo. Dícele Dios á sus profetas, que son los predicadores: «Dad voces por esos púlpitos y apregoná por esas plazas, avisá á los hombres que será maldito el hombre que no guardare mi Evangelio, que yo les daré mi maldición el último día cuando les diga: Apartaos de mí, malditos de mi Padre, obreros de maldad. Por eso, que guarden el concierto que hice con ellos en el bautismo cuando me dieron la fe de tenerme por su Dios y yo á ellos por mi pueblo; y que guarden el pacto que hice con sus padres cuando los saqué de la cautividad del pecado, ahogando sus enemigos, los demonios, en el mar Bermejo de mi sangre. Muchas veces los he llamado, madrugado he á buscarlos, porque en naciendo los he prevenido; mucha doctrina les he dado, muchos sermones han oído, pero jamás me han querido escuchar; y lo peor es que han hecho conjuración contra mí y contra mi Evangelio. Todos se han concertado de vivir conforme á sus leyes, contrarias á las mías.» Y los que entran en la conjuración son los varones de Judá, los grandes y los que se llaman caballeros; esos, que son



los prohombres de Judá, que es confesion, los que tienen nombre de que me confiesan y me llaman Señor, y dicen en las plazas que nadie se ha de atrever á competir con ellos en virtud y bondad, y se confiesan por cristianos. Y no son solos ellos los conjurados, porque los siguen todos los vecinos de Jerusalem, como á cabezas, todos los que habian de ser hijos de vision de paz; estos se me han rebelado, se me han hecho hijos de guerra, soldados del demonio. No ha parado ahí, que, aunque sus padres fueron malos, ellos son mucho peores y se han ido tras dioses ajenos; porque cada uno tiene un dios particular: el uno adora su avaricia, el otro tiene otro dios de torpeza, estotro otro de honra y de venganza. Pues yo les daré tanto mal, que no se den á manos con él; porque haré que todo cuanto pretendieren se les vuelva y convierta en pena y tormento; yo los enredaré en guerras, en bandos y muertes, que ni puedan ni sepan salir de ellas, y entonces me darán voces cuando se vean cercados de muerte; yo no los socorreré ni remediaré, porque no lo merecerán sus maldades. Yo los haré desdichados, sus hijos morirán ante sus ojos, sus enemigos se los degollarán en su presencia y no los podrán remediar. Querrán acudir á los dioses que adoraron á pedilles socorro, esto es, á su dinero y hacienda y amigos, y todo les faltará. Y mirad vosotros, que sois mis santos, que os aviso que no me rogueis por ellos, como por gente descomulgada; privámelos de los sufragios y participacion de mi Iglesia, que no es razon que valga mi casa á los traidores contra mí, ni la Iglesia es bien que socorra á los foragidos y que se me rebelan. ¡Oh castigo espantoso, y que os habia de hacer temblar y meter debajo de tierra! ¿Que diga Dios que no os oirá cuando le llamáredes en vuestras angustias? Que tapaná los oídos á vuestros gritos? Que cerrará los ojos á vuestros llantos? Que oya Dios á los demonios, que le piden licencia para entrar en los puercos? Que oya á Satanás y le conceda lo que le demanda, que es tentar á Job? Que haga el ruego del diablo, que pidió el juéves de la Cena poder para acribar los discípulos, y que á estos tales oya Dios, y á vos, pecador malo, perverso, peor que mil demonios, jure que no os oirá? Que á su mortal enemigo le dé lo que le pide, y á vos, vengativo, os niegue aun la vista? Que el que se arde en un infierno tenga alguna vez un sí de la boca de Dios, y vos no alcanceis que os escuche? ¿Murió por el demonio? ¿Derramó sangre por Satanás? ¿Dió la vida por el diablo? No, sino por vos; y sois tan malo, que menos aborrece á los del infierno que á vos. Decime, locos, maldados, sin Dios, sin ley, sin virtud, sin bien, leña para el fuego, que jamás se acaba, ¿cómo no os espanta que no manda Dios á su Iglesia que deje de rogar por los herejes, no por los moros, no por los turcos ni paganos ni judíos, comunes enemigos y perseguidores de la Iglesia y de sus hijos, y que mande que no ruegue por vosotros? Decime mas, ¿cuáles son mas dañosas, las obras malas y públicas, ó las palabras malas? Cierito está que las obras. Pues ¿qué Dios, qué ley, qué razon consiente que haya fuego para mis palabras si ha-

blo lo que no debo, y que no le haya para vuestras obras haciendo lo que no debeis? Que lo haya para mí, muy justo es, porque es razon que yo mire lo que digo; pero mucho mas justo que lo haya tambien para vosotros, pues no mirais lo que haceis. Hé aquí cómo hay pecadores que hacen honra y gala de la afrenta, esto es, del pecado, y blasonan dél como si el pecar fuera acto de virtud. Estos tales poca señal tienen de predestinados; no digo que no lo son, que este secreto guardóselo Dios para sí; pero digo que se les echa poco de ver el serlo si lo son. Hallaréis otros que se afrentan y avergüenzan tanto, que no osan llegar á los piés del confesor. Llega el otro desuella-caras, homicida, robador de los pobres, con mil pecados mortales que el menor dellos escandaliza el aire, dice que se quiere confesar y que viene de priesa, que no se puede detener; es menester que se despidan los que há un mes que no hallan vez para confesarse, porque llega el señor don Fulano. Veréis la priesa del tejer de los pajes por los confesionarios en busca del padre maestro Fulano, el ir y venir de los recados, el menudear de las embajadas; el ir en persona el Prior ó el Guardian que se desembarace y lo deje todo, aunque esté á media confesion, que otro dia la acabará; y si no, que «no importa, que está esperando el señor don Fulano». Veréis al confesor echar gente menuda abajo, levantarse y salir del confesionario mas hinchado que algun privado necio, que apenas cabe por la iglesia, y el claustro se le hace angosto. En tanto vuestro penitente se está paseando, renegando del confesor y de su tardanza. Al fin sale el padre maestro á acompañar á su penitente, llévale á la celda, porque son pecados de cámara los que trae, llega el paje descaperuzado y pone la almohada de terciopelo, porque no se lastime. Hince la una rodilla, como ballettero, persígnase á media vuelta, que ni sabréis si hace cruz ó garabato, y comienza á dar de dedo y á desgarrar pecados, que hace temblar las paredes de la celda con ellos; y si el confesor se los afea, sale con mil bacherías, y dice «que un hombre de sus prendas no ha de vivir como vive el fraile», y parécele que todo le está bien. Al fin, sálese tan seco y tan sin jugo como entró, y el desventurado muy contento, como si Dios tuviese cuenta con que descende de los godos. Veréis llegar al otro pobrecillo temblando, y antes que ose pedir por el confesor se derrueca allá tras la pila de bautizar, y allí llora sus pecados y los gime. Después, cuando ya le quieren admitir, llega temblando y tragando saliva y añúdansenle las palabras en la garganta, que de miedo no las puede sacar del pecho, y no osa levantar los ojos á mirar al confesor. Pues ya si lo que confiesa le dice que es pecado mortal, veréisle perdido el color y temblar, que piensa que allí donde está se lo ha de tragar la tierra, y llora y pide perdon con miedo y humildad. Destos era la Madalena cuando llegó á los piés del Señor.

## §. XXXIII.

*Stans retro secus pedes ejus.* Como ya el Espíritu Santo tenia en sus manos el corazon desta mujer, ninguna cosa hacia que no fuese instruida y movida por el mismo. Pues no vaca de gran misterio que, llegando al Redentor, se pusiese á las espaldas, y no delante del rostro. Cuando el padre no tiene mucha gana de castigar á su hijo, que hace alguna travesura, hace como que no le ve, y vuelve las espaldas porque no le obligue á castigalle; que cierto está que muchos hombres cuerdos hay que disimulan cosas que las saben, pero por no ponerse á vengarlas se hacen ciegos y sordos, y que no oyeron la palabra descomedida que el otro les dijo, porque no quieren ponerse en ocasion de perderse. Así, leemos de algunos reyes que, con oír decir mal de sí mismos, han hecho como que no lo oían; y destos fué Saul, rey de Israel, que, habiéndole Dios hecho rey, y estando en cortes el pueblo para jurarle, dice la sagrada Escritura que algunos hijos de maldad le tuvieron en poco, y dijeron: *Num salvare nos poterit iste?* Y este ¿nos podrá defender y amparar de nuestros enemigos? Y dice que no le trajeron presentes como los demás, y concluye el capitulo con decir: *Ille verò dissimulabat se audire;* que disimulaba Saul y hacia como que no lo oía. Pues aunque es verdad que á los ojos de Dios no hay cosa escondida, como él lo dice por Jeremías: Por vida mia, que no hay tan secreto rincón, ni sótano tan oscuro, donde se pueda meter un hombre que yo no le vea. Y David le dice: *Quò ibo à spiritu tuo, et quò à facie tua fugiam? etc.;* ¿Adónde huiré yo de vuestro rostro? Que si me subo al cielo, allí estáis hinchando de gloria á los de allá; si diere conmigo en el infierno, allí os hallaré castigando á los malos; pues si me levantara antes del día y me prestase el cierzo sus alas para huir, ¿adónde iría? Que no hay Perú tan apartado ni China ni isla tan secreta ni tórrida zona tan ardiente ni círculo boreal ó brumal tan helado, donde no alcance vuestra poderosa mano y me saque á plaza. Y dije: «Hora quizá que las tinieblas me escapan que no me vean.» Pero fué dislate, porque, *Nox illuminatio meo in deliciis meis;* No ven tan poco vuestros ojos, que los ciegue la noche, y ella sirve de luz para vos en *mis deleites.* Este fin deste verso tengo gran sospecha que ha de decir *en mis delitos* y no *en mis deleites*, porque va tratando de cómo no puede esconderse de Dios, y dice: «Si yo quisiera ampararme con la escuridad de la noche, esa me será luz para que me vean.» Cierito está que el que obra bien ama la luz; y así, no tiene por qué temer de salir á lo claro ni para qué esconderse de los ojos de Dios; pero el malo y que obra maldades, este tal ama las tinieblas, porque no se vean sus torpezas y malas obras. Esto dijo el Señor, hablando con Nicodémus: «Vino la luz al mundo (que soy yo), y amaron mas los hombres las tinieblas que la luz,» porque eran por cierto malas sus obras; ca todos los que hacen mal aborrecen la luz y no salen á ella, porque sus obras no sean reprehendidas; pero el que

hace verdad y la trata, huélgase con la luz, y saca sus obras á plaza para que se vean, porque son hechas en Dios. Pues, como vemos que donde da la luz descubre cuanto halla, y donde hay escuridad todo se nos esconde, y aunque lo tengamos delante de los ojos y traigamos entre los piés no lo vemos ni topamos con ello, los pecadores que no acaban de caer en que Dios es clarísimo sol que todo lo alumbra, piensan que no verá los pecados que ellos cometen en tinieblas. Y pues David va probando que es por demás ampararse de la noche, y Cristo dice «que los malos y que mal obran se esconden y aman las tinieblas»; bien se sigue que nuestro verso ha de decir: Dije «quizá que las tinieblas me esconderán; pero la noche me será dia para descubrir mis delitos»; y no ha de decir *mis deleites*; que en lo hebreo está: *Nox quoque lux erit circa me;* y Simaco lee: *Nox, lux circa me sedet;* y otros: *Etnox illuminabit circa me;* que todo es uno, y quieren decir: «La noche es como luz que me rodea.» Bien es verdad que no me desagrada lo de Nicolao de Lira, que dice, conforme á nuestra traduccion: «La noche me es luz y mi alumbramiento en mis deleites.» De suerte que toma *deleites* en mala parte, esto es, por los vicios sensuales, en que ordinariamente ofenden los hombres de noche. Y este sentido es conforme á lo que habemos dicho aquí. Digo pues que, aunque todo esto es verdad que al Señor nada le es oculto, con todo eso, los hombres tratamos con él como con otro hombre; y así, le rogamos que aparte sus ojos de nuestros pecados, que disimule y haga como que no los ve, para que así no nos castigue; que es lo que le suplicaba David: *Averte faciem tuam à peccatis meis;* Señor, apartá vuestro rostro de mis pecados. Este mismo aviso guardó aquí la Madalena, llegando por las espaldas, hurtando el cuerpo al rostro del Redentor.

## §. XXXIV.

Pero entiendo que hay aun mas misterio en llegar por las espaldas. Y para esto es de saber que, como dijimos al principio ponderando el pecado, es de tanto peso, que no hay jayan á quien no derrueque si le toma á cuestras. Probámoslo; pues cargado sobre las espaldas de los mas valientes de los serafines y los demás ángeles que siguieron al Supremo, no pudiendo sufrir su inmenso peso, cayeron con toda la carga en el centro del abismo. Y por saber bien lo que pesa, decía David: *Sicut onus grave gravatae sunt super me;* Hánsem cargado mis maldades á cuestras, como carga muy pesada. Cargó nuestro primer padre un solo pecado sobre todos los hombres, y pesó tanto la carga, que á todos los mató. Y por eso decía san Pablo: «Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado pasó la muerte á cuchillo á todos los hombres.» Era pues menester que se buscara alguno de tan buenas fuerzas, que, aunque tomase á cuestras los pecados de todos, no le derrocasen y los pudiese llevar; uno de tan buenas espaldas, que no cayese con la carga. No le habia en la tierra; pues venga del cielo. ¡Oh! que hay